

Philip Potdevin, *Metatrón*

Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, 1995, 369 pp.

Dionisio Viscarri
Denison University

Galardonada con el Premio Nacional de Cultura concedido en la convocatoria de 1994, *Metatrón* consagra como novelista importante a un escritor ya conocido a nivel internacional por sus cuentos y poemas. En la novela, Potdevin rehabilita desde una perspectiva posmoderna, y empleando una técnica neobarroca, la angelología, tema de estirpe literaria tan tradicional como olvidada. Sin embargo, la exposición del tema angélico es sólo el vehículo a través del cual se ofrece un complejo planteamiento filosófico que indirectamente explora temas de mayor trascendencia (ejemplo, la dualidad entre tentación y divinidad, la relación entre arte y espiritualidad, la evolución de los mitos religiosos y el porvenir del alma humana).

La fábula está construida en torno a doce lienzos de arte colonial de misterioso origen que adornan la iglesia de Meusa. Los cuadros representan retratos de doce arcángeles en una variedad de poses y dotados de una gran sensualidad y magnetismo. La belleza e interés artístico de los ángeles atrae a varios personajes de diversa procedencia al pequeño pueblo andino. Entre ellos se encuentra Franz Bordelli, profesor de música venido a menos que busca desesperadamente darle algún sentido a una vida deambulante. En la página introductoria él mismo nos dice haber escrito la novela titulándola de forma explicativa

Historia

General de los arcángeles de Meusa
y de como el gran ángel llamado
Metatrón
intervino en las vidas
de Franz y Sabina
y de los profesores de arte
que visitaron a los arcángeles
y de lo que acontecía a todos ellos
y al maestro que los pintó
y a la criatura que conoció
y lo inspiró

Más adelante, admite el carácter ficticio de los personajes y advierte el matiz pedagógico con el que cuenta el libro. Su amiga Sabina aprovecha un viaje de negocios para reunirse con Franz en Santafé, sin decirle

que se está muriendo de un cáncer en el hígado. La contemplación de los ángeles de Meusa tiene un efecto esperanzador en el ánimo espiritual de la enferma, cuyo errático comportamiento desconcierta al ensimismado compositor. Una vez impactados por la espiritualidad estética de las figuras, Franz y Sabina empiezan a indagar sobre la naturaleza del autor de los cuadros, y para ello se dirigen al padre Mathias Hermann que en una extensa disquisición les habla de Metatrón, esotérico príncipe de los ángeles. Mucha parte de la narración está dedicada a la figura de este ángel de naturaleza ambivalente y privilegiado lugar junto al trono del Ser Supremo. Simultáneamente la narración se desplaza al siglo XVII, donde la autobiografía del artista es presentada a manera de repetidos monólogos sostenidos con su modelo y amante, Trevis, visto por aquél en su demencia como manifestación terrenal de Metatrón. El maestro, un criollo cuyo nombre nunca queda claro, da una explicación de los motivos que inspiraron su obra y su peregrinación por los centros de arte de la Europa Imperial, para encontrar un estilo ecléctico pero muy personal. La genealogía artística, histórica y hasta etimológica de cada uno de los doce ángeles es presentada en su mayor parte por medio de los diálogos que sostienen dos profesores barceloneses, los Cabot, en su excursión académica a la ermita, subvencionada por varias becas. Partícipe de varias tertulias concertadas a lo largo de la narración donde se discuten temas propios de la metafísica, Magister Ludi, da la impresión de ser una versión minorizada de su homónimo hesseiano.

Lo que sigue es un zigzag argumental donde incluso se interpone una obra teatral con indicios de comedia, cuyo escenario es el séptimo cielo y en el que Franz parece haber vivido una experiencia mística ridícula. La novela culmina en un episodio surreal donde todos los personajes de la obra coinciden en la capilla de Meusa, intercambiando diálogos absurdos ante la presencia de Metatrón y su séquito. Antes ya había acontecido la muerte de Sabina, el suicidio anticipado del maestro, relatado en forma del testamento que Franz descubre en el archivo nacional, y lo que sospechamos es una posible regeneración espiritual de Franz. En el capítulo final este presentimiento no se confirma del todo ya que, aunque Franz parece haber adquirido una nueva visión de su existencia, éste no demuestra la entereza necesaria para imitar la entrega espiritual de su amiga.

A lo largo del libro, y unido a la sublimación estética que se respira en la capilla, hay un elemento musical que constantemente se encarga de evocar referentes en el lector, para reforzar el mensaje retórico leído con

otro componente estético escuchado. Las piezas musicales interpretadas por Franz, por ejemplo, coexisten de forma complementaria con el fondo emocional y el plano intelectual que predomina en un momento determinado de la narración. No cabe duda que Potdevin tiene un sólido conocimiento de la música clásica y en la novela su selección es tan impactante como acertada.

Uno de los aspectos más destacables de este libro radica en el planteamiento que hace el escritor para explicar el proceso de reconstrucción histórica que llevan a cabo los personajes. El lector tiene datos sobre el maestro que los personajes de la obra ignoran. Por tanto, las especulaciones que éstos hacen no sólo están dotadas por una dosis de ironía dramática, sino que además incorporan el tema de relativismo histórico a la narración.

El trasfondo histórico y bibliográfico indica una minuciosa preparación por parte del novelista. En la exposición documental se aprecia en todo momento un esfuerzo pedagógico por simplificar y resumir cuestiones de índole metafísica tan herméticas como interesantes. La mano del escritor se hace palpable en su insistencia por instruir al lector, guiándole por el esotérico mundo del misticismo hebraico y clarificándole el legado de textos religiosos y filosóficos que apoyan esta tradición. Al mismo tiempo le proporciona el fondo místico-religioso necesario para llegar a una interpretación de las escenas que se desarrollan en la trama. Quizá está en ese afán erudito el único reproche que se le pueda hacer a la novela, puesto que a veces la *montaría* de datos parece convertirse en una lista más bien propia de un almanaque o una enciclopedia.

La estructura de la obra aparece escindida por capítulos breves que se alternan, tanto en la voz narrativa empleada como en la secuencia temporal que siguen. De esta manera, el hilo narrativo queda interrumpido tras cada capítulo que, a la vez, suele concluir en un momento de creciente intensidad, prolongando así el suspenso e interés. Estas divisiones están intercaladas con notas extraídas del diario onírico de Sabina, que contribuye, con su prosa poetizada, a la perspectiva subconsciente de los acontecimientos presentados.

El narrador busca darle un matiz barroco artificial a la presentación del tema, recurriendo a técnicas que acusan una pretensión de intertextualidad en forma de citas de obras de la literatura áurea, latinismos y metáforas de difícil desentrañamiento. Además, Potdevin cuenta con el fondo cultural del lector para jugar con su imaginación e imbuirle en el meollo del relato, sin que éste se plantee el matiz absurdo que predomina en ciertos instantes de la obra.

En resumen, el lector se enfrenta con un discurso narrativo que acentúa su propia textualidad, al disponer de un tinglado de técnicas narrativas como la omnisciencia y el perspectivismo, la focalización, la digresión calculada, la descripción y el diálogo, y la sumariación de escenas.

Es cierto que la novela alude a una teología posmoderna, unida bajo el sincretismo panteísta de una cosmogonía totalitaria donde se fusionan todos los opuestos en el Uno. Y donde repetidamente se hace alusión a la coexistencia del Bien y del Mal, de lo divino y de lo profano, de lo sublime y de lo instintivo. Sin embargo, no se percibe una intención de imponer una doctrina, ni creo que la haya, a pesar de lo que sugieran los epígrafes introductorios, sino que más bien se invita al lector a pensar, a deleitarse y a formar juicio propio sobre lo que acaba de presenciar.

A mi juicio, Metatrón ofrece una escritura calidoscópica, de multiplicidad de juego de espejos, inscrita en la experiencia mística y controlada por un afán de renovación temática: el resultado es un bello laberinto interpretativo que agradecerá el lector más exigente.



Rafael Humberto Moreno-Durán, *El Caballero de la Invicta*

Santafé de Bogotá. D. C. - Colombia: Planeta

Colombiana Editorial, S.A., 1993. 227 pp.

Guillermo García-Corales
Baylor University

Importantes escritores latinoamericanos de la actualidad realizan significativos esfuerzos, con el propósito de superar toda clase de maniqueísmos y de publicar obras reacias a las taxonomías tradicionales y a las estrechas corrientes creativas en boga. Un caso paradigmático al respecto lo constituye el autor colombiano Rafael Humberto Moreno-Durán (1946). Éste produce una narrativa iconoclasta y experimental en que reverbera un ingenioso intercambio con la cultura de distintos tiempos y lugares. En tal derrotero, Moreno-Durán guarda cautelosa distancia con relación a expresiones tales como el mimetismo, los binarismos consoladores, los sentimientos sublimes, las verdades establecidas, los mensajes redentores y la solemnidad de la cultura.